



ELOGIO DE LA RIQUEZA

Por qué ser rico es un deber
moral de todo ciudadano

JAVIER
HERNÁNDEZ -PACHECO

PRÓLOGO DE HIGINIO MARÍN
PRESENTACIÓN DE SANTIAGO SATRÚSTEGUI

Elogio de la riqueza

Por qué ser rico es un deber moral
de todo ciudadano

**JAVIER
HERNÁNDEZ-PACHECO**



EDICIONES DEUSTO

© Javier Hernández-Pacheco, 1991

© de la presentación: Santiago Satrústegui, 2023

© del prólogo: Higinio Marín, 2023

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2023

Depósito legal: B. 15.181-2023

ISBN: 978-84-234-3636-1

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Sumario

Presentación	7
Prólogo.....	9
Introducción.....	19
1. ¿Qué significa <i>riqueza</i> ?	25
2. Sociedad e intercambio	69
3. ¿Qué es el dinero?.....	103
4. La riqueza y el tiempo.....	139
5. Organización y libertad	159
6. Economía y moral	185

¿Qué significa *riqueza*?

Consideraciones ontoantropológicas

El sentido natural de la pobreza

La primera cuestión que quisiera abordar en este ensayo es la del sentido ontológico de la riqueza. Qué significa en absoluto ser rico es de lo que se trata. Ahora bien, es éste uno de esos términos que tienen un claro sentido dialéctico, por cuanto su significado se determina por oposición a su contrario, que es la pobreza. Y esta oposición nos viene aquí muy bien, ya que quizás sea cierto que hay más pobres que ricos, o al menos que la pobreza es más inmediata como experiencia que la riqueza. Es posible que sepamos lo que es la riqueza en el deseo que tenemos de ella como algo de lo que primariamente carecemos. No parece por lo demás aventurado decir que es más original la experiencia de la pobreza, ya que todos nacemos necesitados y desvalidos.

En efecto, un niño es pobre. Su primera experiencia del mundo es la invalidez respecto de la satisfacción de sus propias necesidades, experiencia que se traduce en llanto, en grito desesperado, en exigencia de ayuda. Y así siguen siendo los niños, en las escuálidas fotos de regiones famélicas, los símbolos de la pobreza.

El niño es de este modo símbolo de la pobreza en tanto que es una vida insuficiente respecto de su propio desarrollo y plenitud. El niño es la vida que no se basta a sí misma. Podemos extrapolar en consecuencia: la pobreza es la insuficiencia de la vida respecto de sí misma, es lo propio de la vida necesitada y falta de recursos.

Aun a riesgo de aburrir ya al principio al lector, es necesario llamar la atención sobre la contradicción que aquí se encierra, en la idea de una vida insuficiente respecto de sí misma. En la plena miseria se suele hablar de una vida que «no es vida», es decir, de una vida que, abandonada a sus propios recursos, se convertiría en lo contrario de sí misma, a saber, en muerte. Y así le ocurre en efecto a la vida en su pobreza, que acaba a través de la enfermedad en esa muerte que la niega al final, pero con una negatividad que ya está en su mismo origen. Con esa negatividad de la vida respecto de sí misma, tiene que ver esencialmente la pobreza. Se trata de esa amenaza original de todo lo que está vivo, por la que las cosas pueden salirle mal, por la que esa vida puede no llegar a su plenitud si faltan las condiciones de su desarrollo.

Es casi un común denominador de los moralismos antieconomicistas el achacar el afán de riquezas a una perversión cultural de la naturaleza humana, sugiriendo

con ello que ese afán es antinatural, y que, por el contrario, lo natural es la vida sencilla que se basta a sí misma en el marco armónico de una naturaleza que da de por sí la plenitud. Creo que este planteamiento es erróneo y que, más bien, en su inmediatez natural, la vida es básicamente pobre, es decir, algo que tiene aún pendiente su madurez y plenitud como meta lejana que fácilmente no se logra. Es experiencia elemental que en el marco de la naturaleza es minoritaria la vida que alcanza la madurez necesaria para su propia reproducción. La naturaleza que vemos florecer es la punta de un iceberg que en su gran masa está formado por la vida fracasada en su natural incapacidad de alcanzar la plenitud, es decir, arruinada en su pobreza. Las flores que vemos, símbolo de riqueza, son muestra de una minoritaria vida triunfante, que en esa riqueza se ha elevado sobre las condiciones iniciales de penuria y escasez.

En este sentido, considerando la multitud de vida individual fracasada en esta insuficiencia natural, la imagen de una ubérrima naturaleza, de una matrona generosa, es un mito que, con la mirada subjetiva de la experiencia, debe dar paso al de una dura madrastra que sólo deja sobrevivir a los más capaces, a saber, de superar la natural insuficiencia, la pobreza. Culturas como las nuestras en las que la mortandad infantil (es decir, niños capaces de sobrevivir ahora y que antes morían) se ha reducido prácticamente a cero son signo de riqueza, de que la vida del hombre ha superado la negatividad que la naturaleza representaba, como criba de pobreza en la que se arruinaba la vida débil.

La pobreza —y llegamos ya a características más reconocibles— es eso, que la vida, en nuestro caso humana, sufre en medio de la naturaleza, del calor si el sol aprieta, del frío en invierno, del hambre si hay sequía, de la enfermedad si hay plagas; y fácilmente termina con la muerte en medio de esta natural intemperie.

La riqueza como vida lograda

En la somera descripción que hemos hecho, fácilmente podemos deducir *a sensu contrario* que la riqueza es la superación por parte de la vida del límite negativo que la naturaleza en su penuria representa para ella. El niño bien alimentado, la flor que da fruto, la vida, en fin, que triunfa sobre su natural límite, se hacen así, en su espontaneidad, imagen de la riqueza.

Y obsérvese ahora algo sumamente importante para determinar la idea de riqueza que aquí sostengo: esa superación del límite negativo que la naturaleza representa es algo que la misma naturaleza, la vida, realiza como una superación de su propia negatividad, como un triunfo sobre sí, que no la saca de ella misma. La riqueza es la naturaleza lograda en sí y por encima del límite que ella es para sí sólo en su inmediatez.

Dos ejemplos, uno positivo y otro negativo, nos sirven para aclarar este punto. Se trata de los jardines y de la artificiosidad. En el primer caso, vemos, en primer lugar, cómo riqueza significa para el hombre la superación negativa del medio natural en la forma de cuatro paredes y un

techo que definen un hogar frente a la natural intemperie. Ser rico es de una forma elemental para toda conciencia humana tener una casa en la que no entre el agua ni el viento frío, ni el sol en verano; que se pueda defender contra agresores, y en la que la vida, propia y de los «nuestros», se desarrolle segura, al abrigo de inclemencias. Frente a esa natural inclemencia, el entorno humano, y en eso consiste su elemental riqueza, es un entorno construido. Un paso más en esa riqueza es la urbanización, en la que la vida humana se concentra en sí misma, entre sus iguales y de espaldas a la naturaleza, separada incluso de ella por un muro, por puertas que se cierran a la puesta del sol porque fuera habita en la oscuridad sólo lo inhumano: las fieras y los malhechores. Casa y ciudad son así etapas en el desarrollo de la vida humana en su riqueza.

Sin embargo, en ese volverse de espaldas a la naturaleza, el hombre niega en su riqueza la naturaleza que él mismo es. Es la tesis central de Horkheimer y Adorno en su *Dialéctica de la Ilustración*. La vida humana se hace artificial primero, cuando su entorno pasa a ser lo construido, pero artificiosa después, cuando eso construido se convierte ahora en límite que lo cierra contra su origen natural. La artificiosidad es eso, otro límite, contra la naturaleza ahora, pero que afecta igualmente a la plenitud de la vida humana, haciendo al hombre sentirse extraño en un mundo super y pseudohumanizado —la Corte, por ejemplo—, en el que se siente de nuevo desvalido y perdido, incluso amenazado por fieras, humanas ahora, mucho más temibles que las que dejó en su entorno rural. En esa artificiosidad la vida se empobrece de nuevo y se hace extraña a sí mis-

ma, de fácil fracaso. Y riqueza ahora es superar esa artificiosidad, que quiere decir, volver a la naturaleza.

Desde el siglo XVIII el hombre está empeñado en un proceso de renaturalización que, volviendo al ejemplo arquitectónico, ha convertido el jardín en verdadero signo de riqueza, allí donde la casa, la simple casa y sobre todo los pisos acolmenados, son vistos como aisladores, como algo estrecho que encierra la vida en sus propios límites. También se derriban las murallas y en su lugar surgen parques que, mientras la ciudad crece, se convierten en naturaleza digerida en el seno de la vida urbana. Una ciudad es tanto más rica cuanto más se parece ahora a la naturaleza que quiso superar. Del mismo modo, es la otra casa, la del campo, la que es verdadera expresión de riqueza.

Así, en la necesidad de superar la artificiosidad en la que descarrila la primera y provisional superación de la naturaleza, el hombre necesita sentir de nuevo esa naturaleza como su hogar propio. Volvemos así a lo que dejé sentado al principio de este apartado: la riqueza es la victoria sobre lo que la naturaleza tiene de límite, pero lograda por la naturaleza misma. Es decir, es el triunfo de la naturaleza sobre su propia limitación original. En un jardín la casa y en un parque la ciudad se muestran como lo que son, como formas ricas de la vida misma, como naturaleza que se recoge en sí una vez superados sus límites.

La imagen paradigmática de la riqueza vuelve a ser la naturaleza, en su espontaneidad, con su frescura propia. Pero no como inmediatamente se da en el origen, sino como es en sí misma resultado de un cuidado desarrollo,

como plenitud lograda con esfuerzo. Es la naturaleza con dueño la que se hace imagen de la riqueza.

Hombre y mundo: la propiedad

La riqueza es un fenómeno muy complejo, tiene que ver con muchas cosas: con joyas, con dinero, con viajes, con el lujo, con tarjetas de crédito, con medios de trabajo y producción. Pero en sus mil caras no podemos olvidar, si queremos entender su sentido propio, que todas esas manifestaciones de riqueza son formas de un fenómeno más elemental que se refiere a las relaciones entre el hombre y el mundo. Es una cuestión de entorno.

Por eso carecen de sentido las afirmaciones moralizantes en el sentido de que la «verdadera» riqueza es algo interior, y que desembocan al final en la bizarra pretensión de que esa «verdadera» riqueza es la pobreza. La riqueza tiene que ver esencialmente con la exterioridad del mundo. Es pobre el que en el mundo se siente arrojado como en un medio extraño. Se trata aquí de la imagen del vagabundo. Con toda la riqueza poética de esta imagen, que representa algo así como una libertad virgen, la atracción que guarda es falsa, pues se presenta como imagen de la riqueza pretendiendo que su hogar es el mundo en su más vasta amplitud. Lejos de ello, el vagabundo es el hombre sin hogar, que nada tiene que guardar y que por eso —como dice la *Odisea*— en nadie despierta confianza. Es en realidad el hombre sin mundo, para el que la naturaleza es exterioridad indiferente y con la que apenas guarda relación

de humanidad, sino una meramente animal, cuyo máximo valor es la supervivencia. Por no querer más que vivir, el hombre en ese estado se animaliza hasta llegar a ser en los basureros pariente de bichos carroñeros. Es una de las más tristes imágenes que puede dar de sí la humanidad, en una degradación que empezó el día que un hombre abandonó su hogar sin fundar otro.

Frente a esta imagen, es rico el que en el mundo se siente en casa, como en algo propio. Sentirse el «dueño del mundo», en esto consiste la sensación de riqueza. Mientras que el pobre es vida en medio de la naturaleza, de una naturaleza indiferente, en la que lo mismo es sur que norte, el rico tiene un mundo, diferenciado en sus contornos desde un centro del universo que es quizás un sillón de orejas frente a una chimenea. En este sentido, lo que hace de la «naturaleza» un «mundo» es un proceso de colonización esencialmente ligado a un hogar al que siempre se vuelve. El mundo es para el hombre rico el inmenso jardín de su casa, y su riqueza es ese mismo mundo que se extiende desde su hogar.

La imagen que tenemos ahora es la del viejo rancharo que se sienta en el porche de su casa a fumar su pipa mientras contempla cómo el sol se hunde en tierras que él puede llamar suyas. Este mundo acogido bajo un porche, guardado en la interioridad de un hogar es lo que constituye esencialmente la riqueza en la forma de propiedad. Porque la riqueza es la interiorización como mi mundo de la exterioridad natural. Eso se llama apropiación y sin ella no hay riqueza.

Poco a poco se va poniendo de relieve cómo esa rique-

za tiene una esencial relación con la idea de sujeto, es decir, conmigo. Soy rico si puedo llamar mías cosas que no son yo. Enriquecerse es para la vida superar sus propios límites e incorporar como suyo lo que hay más allá de ellos. Se enriquece uno cuando aprende a hablar un idioma que antes no entendía, cuando se adueña de una técnica de trabajo, cuando alguien a quien quiere le dice que es «suyo». Mi casa, mi mujer, mi coche, mi finca: éstas son mis riquezas.

Por ello, un mundo sin propiedad es sustancialmente pobre, por la sencilla razón de que la riqueza, por su propia naturaleza es algo subjetivo y no objetivo. No es cuestión de que determinadas necesidades estén satisfechas —en un asilo por ejemplo—, sino de que el entorno de un hombre sea reflejo de lo que él como sujeto es, de que el mundo sea despliegue de una interioridad individual. Sólo así es ese mundo riqueza, en la medida en que yo puedo decir que esa riqueza es mía.

De ahí el error del comunismo cuando piensa que puede objetivarse —es decir, desubjetivarse— socialmente la riqueza. De ahí también la dificultad de los sistemas diluidos de propiedad, como las cooperativas y, en el seno mismo de la sociedad capitalista, las sociedades anónimas, que fácilmente se convierten mediante un proceso de atomización del capital en riqueza sin dueño, es decir, a la larga, en falsa riqueza. De ahí que los pequeños inversores no se sientan propietarios y tampoco, por tanto, responsables de su propiedad, sino tan sólo ahorradores. Y el ahorro no es sino riqueza aplazada, es decir, no realizada todavía. Rico se siente el accionista cuando le saluda por su

nombre el conserje de la empresa; y algunos males de la sociedad capitalista tienen que ver con la imposibilidad de recuperar así subjetivamente una teórica propiedad que hace igualmente teórica la riqueza.

Riqueza y trabajo

El carácter subjetivo de la propiedad, y con ella de la riqueza, es algo que no se pone de manifiesto en la mera titularidad jurídica, en la que se refleja un estatus y no un proceso. La ciencia jurídica puede en este sentido definir todos los tipos de propiedad colectiva que quiera, pero en ellos se diluye necesariamente un proceso de apropiación que es siempre subjetivo e individual, porque resulta de las relaciones con el mundo de una actividad subjetiva que es en todo caso la de una libertad concreta. Ésta es la verdadera fuente de la riqueza y se llama trabajo.

Desde este punto de vista, la riqueza es el resultado de la domesticación y apropiación del mundo que realiza la libertad mediante el trabajo. Esta domesticación es la transformación de la naturaleza, extraña y salvaje, en mi mundo, mediante su incorporación a la *domus*, al hogar. La vida de la naturaleza, en un principio extraña, se convierte en mi vida, en reflejo de mi actividad.

Hegel, cuya paternidad sobre las ideas que aquí se exponen se habrá hecho ya evidente a los ojos del experto, sitúa en el trabajo la mediación necesaria en este proceso de domesticación y apropiación de lo natural. El trabajo es el medio por el que el hombre transforma la

naturaleza en su mundo. Es, pues, el principio de toda riqueza.

Se pone así de manifiesto el carácter dinámico de los procesos de apropiación. De nada vale llegar al confín del mundo, a las Indias o a los bosques de Oregón, plantar una bandera y decir: esto es mío. No es uno con ello más rico que antes o que el trampero que pasó por allí sin pensar en hacerse dueño de nada. La naturaleza no se deja apropiar por un acto jurídico de toma de posesión. Esa apropiación es sólo efectiva si yo hago de esa naturaleza reflejo de mi vida; y para ello el hombre ha de empeñar todo su esfuerzo por incorporarla a su existencia por el trabajo. Es preciso lograr que la tierra produzca sus frutos como resultado de un ayuntamiento en el que es el hombre quien pone la semilla, hasta que los frutos de la tierra lo sean también de su trabajo, suyos, riqueza propia.

El trabajo conquista la tierra. Pero hay aquí un símil muy hermoso si entendemos esta conquista en ese sentido erótico, propio de culturas primitivas, que está en la raíz de todos los mitos de la fecundidad y que entiende la tierra como mujer, a la vez que entiende también la fecundación biológica de la mujer como toma de posesión.

Es importante señalar este sentido erótico del trabajo para diferenciarlo de la mera explotación, que es sencilla y llana esquilmación de lo muy poco que la naturaleza da por sí misma. Ocurre esto en la minería, que implica siempre una propiedad pasajera, que termina en los tristes paisajes de cuencas abandonadas. Y más claramente en la exhaustiva explotación de bosques, en la aniquilación industrial de las focas, ballenas o bancos de peces. Se trata

aquí de un trabajo que no tiene interés en la propiedad, de un trabajo vagabundo y pasajero que no crea riqueza estable, por lo mismo que empobrece la naturaleza. Es el trabajo del que con razón abomina nuestra actual sensibilidad ecologista, como un trabajo que mata y cuya conquista es violación. No es así como un varón conquista a la madre de sus hijos, ni como un labrador ama la tierra que cultiva y considera propia. Este trabajo amoroso se dirige sobre lo que vale con el afán de cuidarlo, de sacar de ello el máximo fruto, un fruto que, en este caso la tierra igual que la mujer, no daría por sí misma. Es la mirada amorosa del trabajador la que ve arrozales en las marismas de un delta, rebaños en praderas desiertas y molinos en el cauce impetuoso y destructor de un torrente. Es que, justo al contrario, el trabajo amoroso enriquece la naturaleza al conquistarla, la hace fecunda, verdadera naturaleza.

No deja de ser fascinante lo que evidentemente va aquí mucho más allá del símil y echa sus raíces en los arquetipos de la vida patriarcal, hoy tan denostada. En ellos se entiende el amor como trabajo de conquista, que pide un marco de propiedad para desarrollarse; y ese trabajo es eros, ciertamente como amor a la tierra, pero movido por la mujer, para la que se construye una casa, con sus graneros y cobertizos, en los que, desde el hogar así fundado, se realiza el proceso de apropiación. Por eso, la propiedad, la tierra, los medios de trabajo, al menos los fuertes brazos y la ilusión de conquistar con ellos el mundo, son factores tan eróticos como es productivo el amor.

Es posible que en nuestra cultura, en la que poco a poco va perdiendo su sentido la división sexual de funcio-

nes, esto esté cambiando, más deprisa por supuesto que la base genética acumulada en millones de años. Pero hay muchas cosas que aún hoy hay que saber mirar con cariño en las más profundas estructuras de nuestra humanidad, si es que queremos entenderlas y no despreciar nuestra propia naturaleza. Así ocurre, por ejemplo, que según esta naturaleza la riqueza, más en el varón que en la mujer, o al menos la capacidad de producirla, es un factor erótico de primer orden porque ninguna mujer se entrega con gusto a quien no le ofrezca garantías de supervivencia al fruto de su vientre. Y del mismo modo, es importante, también más para el varón, que la mujer sea en cuanto tal hermosa, como garantía de salud biológica y, en consecuencia, de una descendencia probable para la que tenga sentido conquistar la tierra. Hombres capaces de riqueza y mujeres hermosas que den sentido al afán de lograrla: ésta es la base instintiva de nuestra humanidad ancestral. Lo demás es cultura, razón, esfuerzo ético; y en virtud de ello se puede querer a un inútil o a una fea. Pero es mejor cuando estas cosas, cultura, moral y naturaleza ancestral, caminan juntas.

Riqueza y familia

Esta proximidad entre erotismo, trabajo y riqueza tiene como consecuencia la biologización de la riqueza y su esencial ligazón con la familia. Creo que es un error de gravísimas consecuencias desconocer esta ligazón y su alcance. Formulado de una manera provocativa, pienso que sólo

la perspectiva de fundar una familia despierta en el hombre el afán de riqueza, y sólo los hijos le hacen ver la imperiosa necesidad de ser inmensamente rico.

Me veo obligado aquí a despachar objeciones en contra con una cierta premura y sin la discusión que merecerían si la metodología fuese científica y no meramente ensayística. Es cierto en este sentido que hay solterones multimillonarios o personas con familias destrozadas que continúan con un sano afán de enriquecerse. Cabría considerar, por ejemplo, las ventajas de la soltería para un especulador en bolsa, que apuesta su fortuna como en el póquer, sin miedo a la ruina, de modo que esa inmensa fortuna pueda ser considerada como superflua e innecesaria, de igual forma como su trabajo es en el fondo un juego. Pero estos fenómenos no anulan la tesis que quiero sostener, y es que un hombre solo puede hacerse rico, pero no necesita serlo; mientras que un padre de familia lo necesita, aunque jamás alcance la soñada riqueza. Si se acepta esto, resulta plausible la tesis de G. Gilder en *Riqueza y pobreza*, a saber, que una sociedad de padres de familia generará a la larga más riqueza que otra de hombres a los que son ajenos los compromisos familiares.

Y es que una persona sola no tiene más afán que la supervivencia o disponer de los ingresos necesarios para mantener el tren de vida que desea. Pero para eso, para «vivir bien», no hace falta ser rico. Basta una fuente regular de ingresos y gastar con alegría todo eso que se ingresa. Mas la riqueza es otra cosa que capacidad de gasto, es toma de posesión de la Tierra, y ello supone conquista y trabajo. Y hay además otra cosa importante: la verdadera riqueza tiene

como característica la inmensidad y carece por tanto de sentido referida al estrecho marco temporal de una vida solitaria. Sólo los hijos abren hacia el futuro un horizonte ilimitado e inmenso frente al cual tiene sentido el afán de enriquecerse.

Esto precisa de una más detallada explicación. En primer lugar la inmensidad. No se puede ser un poco rico. Se es rico cuando la vida ha superado la medida de su límite, de su negatividad. La riqueza es lo que está más allá de toda carencia, se refiere a la plenitud de una vida perfecta. Dicho de otro modo, la riqueza tiene razón de omnipotencia. Si aparece un problema, el rico dice: resuélvase, sin reparar en costes, sin tener que renunciar a otra cosa para alcanzar lo que deseo. Ser rico es situarse por encima de toda economía: quiere decir no tener que hacer cuentas, estar más allá de los números, de la medida. Por eso toda verdadera riqueza es inmensa, y por eso hay tan pocos ricos.

Pues bien, para el hombre solo no tiene razón de ser esa inmensidad, porque en cualquier caso el horizonte de su existencia está cerrado, es decir, medido, por la previsión de la muerte. Es un sabio tópico del moralismo: los días están contados; la muerte limita el alcance de toda ambición y hace que carezca de sentido acumular una inmensa capacidad económica. Si acaso puede uno prever los problemas que se le van a plantear y calcular la fortuna necesaria para resolverlos. Ése sería el límite de la riqueza racional. Otra cosa sería esforzarse sin sentido. No son especulaciones vacías. Si el horizonte de la vida humana se cerrase con la muerte, el esfuerzo trabajador de los hom-

bres, la ilusión de llevar su riqueza al límite de la inmensidad, hubieran sido mucho menores y el progreso de la humanidad, que es resultante de los múltiples esfuerzos, se hubiese quedado mucho más corto.

Son los hijos los que en el horizonte de la historia abren la vida del hombre más allá de los contados días de su existencia. Y en consecuencia son los padres de familia los trabajadores capaces de pensar inmensidades. Las grandes fortunas son por ello familiares: los Rothschild, los Rockefeller, los Krupp, los March. Y es que para un hombre los hijos son el eslabón que lo liga al fin de los tiempos, al esperado triunfo final de la vida sobre la totalidad de sus límites. Y es en este horizonte escatológico donde tiene sentido un afán infinito, un querer más y más.

Y aviso ya que me parece fariseísmo el escándalo moral sobre esta ambición, que no es otra que la de la vida misma por superar constantemente sus límites, por intensificarse al infinito. La vida es autosuperación, crecimiento más allá de todo obstáculo. Y la riqueza no es otra cosa que la incorporación del mundo, que en un principio era naturaleza hostil, a la propia interioridad como reflejo de esa actividad, propia de un sujeto, que se llama trabajo. Y si la vida del hombre recibió en su origen el mandato divino de crecer y multiplicarse, este mandato tiene como corolario el mandamiento de trabajar hasta llegar a dominar la Tierra, hasta que el hombre pueda decir que el mundo es suyo y este mundo deje de ser un límite que encierre su actividad y se convierta en reflejo de su gloria. En conclusión, el mandato de vivir obliga al hombre a pretender ser rico, inmen-

samente rico. Es por tanto obligación moral de todos los ricos multiplicar su riqueza; de ello, sobre todo a los que la recibieron heredada, se les pedirá cuentas al fin de la historia. Porque sólo así, de generación en generación, da fruto el trabajo de los hombres respecto de su último fin, que es el dominio absoluto de la Tierra, su plena humanización. Tres cosas aparecen en la Sagrada Escritura como signo de bendición divina: la paz de la conciencia y el respeto de los hombres, la numerosa descendencia y la multitud de las riquezas. Esto, con más fuerza que cualquier reproche moralizante, es palabra de Dios.

Poco a poco intentaré mostrar cómo toda riqueza tiene un carácter social. De momento mi afirmación vale sólo para los que estén convencidos de ello. Pero creo que esta obligación de multiplicar la riqueza recibida hacia un potencial infinito es algo que la misma sociedad debe exigir de sus agentes económicos. Deberían aplazarse los impuestos sobre transmisiones patrimoniales, es decir, sobre las herencias familiares, los años suficientes para ver si el heredero multiplica el patrimonio, y entonces levantarle el impuesto, o doblárselo si es que en las nuevas manos, indignas de sus antepasados, el patrimonio se hubiese devuelto.

Esta propuesta puede ser un disparate fiscal. Sin embargo, yo considero suicida la filosofía impositiva que pretende gravar esas transmisiones patrimoniales hasta extremos de poner en cuestión fortunas cuyo sentido está en mantenerse abiertas a un incremento potencialmente infinito al pasar de padres a hijos. La sociedad que así actuase le quitaría sentido al afán de enriquecerse, dándole la

razón al nihilismo moralizante que limita con la muerte las posibilidades de acumular fortuna. Con ello crearíamos una sociedad desafortadamente consumista y en la que carecería de sentido el ahorro, la acumulación de capital. Pues ya se sabe la conclusión, cínica como en todo nihilismo, del citado moralismo: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos». Sólo los padres de una familia que espera —ya sea con una intuición implícita— llegar hasta el juicio final para dar cuenta de su continuo esfuerzo mueren trabajando.

En relación con lo dicho anteriormente, nuestra sociedad se encuentra con vistas a su ulterior crecimiento económico con el doble hándicap que resulta de desestabilizar el compromiso erótico entre el hombre y la mujer, por un lado, y de debilitar el lazo generacional entre padres e hijos, por otro. En el primer caso, la sexualidad personalmente descomprometida y el divorcio fácil hacen que el matrimonio haya perdido relevancia como marco económico. Y en cuanto al paso de la familia multigeneracional a la estrictamente celular, en la que la responsabilidad económica de los mayores termina con el primer sueldo de los jóvenes, hace que apenas llegada la edad madura un hombre pierda incentivos para seguir trabajando y no tenga otra preocupación que garantizar lo mejor posible el consumo necesario para una dorada jubilación. La desfamiliarización de la actividad económica limita entonces el sentido del esfuerzo económico a la capacidad de consumo de los sujetos trabajadores, ampliada si acaso durante algunos años por la necesidad de mantener una más bien escasa prole. Y resulta entonces que, en contraposición a

épocas pretéritas de indudable fecundidad, el fin de la actividad económica se circunscribe al consumo inmediato de bienes y servicios, y no se extiende a la progresiva capitalización necesaria para poder ofertarlos. El paso de una economía de ahorro, generadora de fortunas e inversiones, a una economía de consumo, de la inmediatez, tiene que ver con la desvinculación del trabajo humano del futuro, y esto a su vez con la sociología de la familia y con la moral sexual. La despersonalización y desmatrimonialización del sexo, y ligada con ello, la falta de generosidad a largo plazo de los padres hacia los hijos, terminarán por hacernos más pobres.

Riqueza, subjetividad y libertad

Con esto que parecen digresiones al borde de lo curioso, vamos recorriendo con un cierto desenfado metodológico ese campo de la actividad económica de los hombres, a la vez que vemos sus complejidades y vericuetos antropológicos. Así espero que a la altura de este epígrafe podamos ya precisar algunas cuestiones importantes para nuestro intento. Como hemos visto, la situación original del hombre en medio de la naturaleza es la pobreza. En el seno de la naturaleza los seres vivos, amenazados por circunstancias adversas, intentan sobrevivir adaptándose a dichas circunstancias, buscando lo que se denomina un nicho ecológico, un agujero de viabilidad en medio de una naturaleza generalmente hostil. No actúa así el hombre. Él, ante el reto de la hostilidad ambiental, lejos de adaptarse a condi-

ciones cambiantes, modifica esas condiciones hasta hacerlas reflejo de su propia dinámica interna, es decir, hasta convertir el ámbito externo en medio para el despliegue de la propia vitalidad. Se trata de la lucha de la libertad con sus límites naturales, hasta transformar esos límites en medios de sí misma, en instrumentos de su desarrollo.

Así es el mar un límite para la vida del hombre. El mar es originalmente inviable. El reto de la libertad consiste en convertir ese límite en medio del propio desarrollo. Y resulta que lo que era obstáculo se convierte en riqueza, hasta el punto de que la «salida al mar» se hace condición de supervivencia. El significado de esto es palmario: la actividad del hombre, marinera en este caso, invierte las condiciones y hace del obstáculo riqueza. La libertad ha incorporado, es decir, ha subjetivado, el límite objetivo; ha convertido en punto de apoyo de su propio desarrollo lo que antes era obstáculo de dicho despliegue. Lo que media en esta inversión es el trabajo. Hemos hablado anteriormente de que el trabajo es conquista de la fuerza natural, originalmente contraria al hombre. Pero es una conquista sui géneris, donde no se trata de oponer a la naturaleza la fuerza de la libertad, sino de utilizar en pro de la libertad la fuerza de la naturaleza. El ejemplo nos lo proporciona en la lucha el judo. En esta técnica de combate no se trata de tener más fuerza que el contrario, sino de invertir en favor propio esa fuerza originalmente contraria, hasta que el más hábil se proclama vencedor gracias a la fuerza del enemigo. Del mismo modo, el labrador que pone un dique a un torrente no solamente anula la fuerza de ese torrente en lo que tiene de negativa, sino que, usándola, por ejemplo, para un molino, la integra

en su propio proyecto creador y la invierte así en favor propio. Ciertamente es necesario al principio un mínimo de fuerza contraria, un esfuerzo en el trabajo. Pero progresivamente el trabajo consiste en conjuntar a favor propio un concierto de fuerzas, hasta conseguir que la naturaleza, según su tono propio, termine cantando la canción de la libertad.

De este modo decimos que, mediante el trabajo, la actividad libre del hombre integra subjetivamente en su propio proyecto la exterioridad de las fuerzas naturales, hasta hacer de la naturaleza su mundo, el medio de su propio despliegue. En este proceso la libertad domestica el mundo, lo convierte en su casa, lo humaniza; ese mundo se hace reflejo de la libertad, espejo de la acción del hombre, deja de ser lo extraño y se convierte en lo propio.

Esta apropiación, mediada por el trabajo, es la fuente de la riqueza. Ese mundo que antes como naturaleza era amenaza y que ahora se ha convertido en medio integrado en un proyecto es lo que llamamos riqueza, propiedad productiva, que da frutos en favor de la propia existencia. Ese mundo, convertido en albergue de la libertad, conformado por un proyecto de humanidad, es el reflejo de mi propia actividad. En eso consiste la riqueza, como entorno natural subjetivamente integrado.

Es curioso en este sentido observar lo siguiente: vivimos en una sociedad económicamente muy desarrollada, en la que el concepto de riqueza ha evolucionado en un sentido comercial y monetario que estudiaremos posteriormente. Hoy se es rico en virtud del dinero, del capital productivo que se posee, de los bienes y servicios de los que

en virtud de ese capital uno puede disponer. Lo importante es la liquidez en la cuenta corriente; y ya veremos por qué esto es así. Y sin embargo, en una sociedad más monetaria y comercial que industrial y agrícola, hay algo telúrico que ancestralmente sigue ligando el sentido de la riqueza a la posesión de la tierra, por poco productiva que sea. El extender el brazo diciendo «esto es mío», referido al menos a los cuatro muros de un hogar, continúa siendo el gesto paradigmático del rico. Hay mucho en ello de esa actividad de la libertad que de forma visible se va plasmando en naturaleza, al incorporarla a la vida de una familia. Este pozo lo excavó mi bisabuelo, esta huerta la hizo mi abuelo, mi padre amplió así la casa, yo quiero hacer todavía esto, y a mis hijos les quedará por hacer aquello; de este modo la libertad, actuando sobre la naturaleza, va incorporando mundo, haciendo de él el fruto de su historia.

Esto es riqueza. En un sentido que tiene poco que ver con rápidas fortunas de especuladores y en el que suenan, más bien, ecos de libertad, de ilusiones, de riqueza en el sentido más noble, humano y poético del término. Libertad plasmada en el mundo a través del trabajo, de eso se trata. Y por eso la riqueza es un retrato del hombre que se esculpe en barro de la tierra. Por ello, ya puede perder importancia en una economía desarrollada la producción agrícola, que la posesión de tierras con una casa en medio, continuará siendo siempre el modelo paradigmático de propiedad y el símbolo primario de la riqueza.